

un preso, en quien no se pudo hallar ni sombra de delito? ¡Maldad atroz! inconsecuencia horrible! La mesa del convite se muda en cadalso, desde donde se muestra un mutilado miembro humano: manos teñidas presentan un don sangriento: y los brazos de una jóven reciben con gozo una cabeza todavía palpitante. El mayor entre los nacidos de las mugeres es sacrificado á la venganza de una adúltera; y la cabeza de un hombre aun mas que Profeta se da en premio de la liviandad de una bailarina.

LIBRO II.

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO DURANTE EL
TIEMPO DE SU PREDICACION.

CAPITULO PRIMERO.

DISCURSOS DE JESUCRISTO.

Jesucristo comenzó ahora á predicar su evangelio, revelando al mundo misterios augustos hasta entónces impenetrables, enseñando verdades sublimes hasta entónces desconocidas, y proponiendo á los hombres virtudes excelsas que han forzado la admiracion de los moralistas, y han confundido á los incrédulos.

Moises habia sido enviado para despertar, por medio de recompensas temporales, á un pueblo sensual y embrutecido, arrastrado por una inclinacion irresistible al pecado de idolatría. La mision del Hijo del Dios vivo era de una naturaleza enteramente espiritual: instilar en el ánimo del hombre ideas celestiales, y hacerle conocer con plena evidencia la dignidad, inmortalidad, y felicidad eterna de su alma, de la que Moises no habia dado sino nociones imperfectas. Jesucristo no promete á sus discípulos riquezas, ni conquistas, ni paises abundantes en frutos; solo les muestra una vida futura y gloriosa en las mansiones de su Padre celestial; y para asegurar esta esperanza, les enseña á desprenderse de las cosas temporales y cuidados de este mundo, y practicar virtudes puras y perfectas. Jesucristo les demuestra la necesidad de una regeneracion, y de un nuevo nacimiento por medio del bautismo, penitencia y Espíritu Santo. Una doctrina tan espiritual estaba al alcance de pocos, como se vió en la ignorancia de Nicodemo; pero Jesucristo habia venido para disipar aquella tiniebla con su predicacion.

Antes que Jesus saliese de Judea, fué visitado por un Judío de grande consideracion. Nicodemo era Príncipe, como llamaban los Judíos á sus magistrados, hombre religioso y pacífico: habia oido hablar bien de Jesus, y movido de la fama que iba adquiriendo con sus prodigios nunca ántes vistos, quiso visitarle; pero temia la indignacion de sus compañeros, si le veian entrar de dia en casa de Jesus, y por

esto resolvió ir á verle de noche. Nicodemo estaba dotado de buen corazon, y era muy instruido, segun la instruccion de los Judíos de su tiempo, en el sentido literal de la Ley. Luego que se presentó á Jesus, le saludó con mucha reverencia, diciendo : Maestro, sabemos que eres venido de Dios, porque ninguno pudiera hacer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviera contigo. Jesus le respondió : En verdad te digo, que ninguno puede ver el reino de Dios, sino aquel que volviere á nacer de nuevo. Esta respuesta espiritual de Jesus puso en la mayor confusion al buen Nicodemo, y confesó ingenuamente que no podía comprender, cómo era posible que un hombre naciese otra vez, particularmente un hombre viejo como él era. El imaginaba que ninguno podia nacer otra vez, si no volvía á entrar en el vientre de su madre. Jesus le dijo entónces, que este nuevo nacimiento era de agua y de Espíritu Santo. Nicodemo quedó tan confuso con este modo de nacer por agua, como con el modo de nacer que habia imaginado ántes, y preguntó : ¿ Cómo puede hacerse tal cosa ? Jesus le dijo : ¿ Tú eres maestro en Israel, é ignoras esto ? Jesus le esplicó entónces la naturaleza de este segundo nacimiento por el bautismo y la gracia del Espíritu Santo, con varias comparaciones; y aunque Nicodemo no entendió la sublime doctrina del Salvador, quedó convencido de la gracia del Hijo de Dios, y despues de esta conferencia se declaró discípulo de Jesucristo; y reprobó la ingratitud y crueldad de los Judíos, cuando le condenáron á muerte, ayudó á

descender el cuerpo de Jesus de la cruz, y trajo una grande cantidad de mirra y aloe para embalsamarle ántes de colocarle en el sepulcro.

Jesus se dirigió á Galilea por Samaria : sintiéndose muy cansado en el camino, mandó á sus discípulos á la ciudad de Sicar para que comprasen algunas provisiones, y se sentó junto al pozo de Jacob hasta que volviesen. En este tiempo vino una muger á sacar agua, y Jesus la rogó le diese de beber. Los Judíos no tenian intercurso, ni trato alguno con los Samaritanos, porque aquellos consideraban á estos como cismáticos, desde que renunciáron al templo de Jerusalem, y edificáron otro en Garizin. La muger se admiró de que Jesus le hablara : ¿ Como tú, dijo ella, siendo Judío, me pides de beber á mí que soy muger samaritana ? Si supieras el don de Dios, respondió Jesus, y conocieras al que te pide agua, tú se la pedirias á él, y te daría agua viva que quita la sed para siempre. La muger, que no gustaba venir todos los dias á llenar su cántaro á tan gran distancia, le pidió un poco de agua viva, para no tener sed en adelante, y ahorrarse del trabejo de venir á buscarla. Jesus le dijo : vé, llama á tu marido y vuelve acá. Yo no tengo marido, respondió la muger. Verdad es, le dijo Jesus, porque has tenido cinco maridos, y no lo es el que vive ahora contigo. Un descubrimiento de esta naturaleza no podia dejar de trastornar el corazon de una muger que pasaba por casada : sorprendida la Samaritana al ver todos los secretos de su corazon penetrados por Jesus, mudó conversacion, y dijo :

Bien veo, Señor, que eres Profeta; ¿quieres decirme, Señor, cual es el verdadero templo de Dios, el del monte de Garizin ó el de Jerusalem? Jesus le respondió: Créeme muger, que está muy cerca el tiempo, en que no adoraréis á Dios en ninguno de esos templos. Dios es Espíritu, y los que le adoran verdaderamente le adorarán en espíritu y verdad. Yo sé, dijo la muger, que viene el Mesias, que se llama Cristo; y cuando viniere nos declarará todas las cosas. Jesus le dijo entónces: Ya ha venido; yo soy, que hablo contigo. Atónita la muger, dejó allí el cántaro, y corrió á la ciudad diciendo á todos, que el Mesias estaba junto al pozo. Los Samaritanos viniéron al instante á ver á Jesus, y le rogáron se detuviese en la ciudad. Jesus, y los discípulos que ya habian venido, subiéron á Sicar, paráron allí, y muchos se convirtieron al Señor con la predicacion de Jesus: pasados dos dias partió el Salvador con sus discípulos para la Galilea.

Sermon de Jesucristo en el monte.

Llegado Jesus á Galilea con los discípulos, vió que le seguian muchas gentes de las ciudades vecinas, con deseo de oirle. Jesus entónces subió á un monte, se sentó, y colocados sus discípulos al rededor, comenzó á predicarles así: Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos; porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed

de justicia; porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos; porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazon; porque ellos verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos; porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia; porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois, cuando os maldijeren, y os persiguieren y dijeren todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa: gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es muy grande en los cielos. Pues así tambien persiguieron á los Profetas, que fueron ántes de vosotros. Vosotros sois la sal de la tierra: y si la sal se desvaneciere; con qué será salada? no vale ya para nada, sino para echarla fuera y ser pisada por los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad que está puesta sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una antorcha para ponerla debajo de un celemin, sino sobre el candelero, á fin que alumbre á todos los que están en la casa. De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres; para que vean vuestras buenas obras, y den gloria á vuestro Padre, que está en los cielos. No penseis que he venido á abrogar la Ley, ó los Profetas: no he venido á abrogarlos, sino á darles cumplimiento. Porque en verdad os digo, que hasta que pase el cielo y la tierra, no pasará la Ley ni un punto ni un tilde sin que todo sea cumplido. Por lo cual, quien quebrantare uno de estos mandamientos muy pequeños, y enseñare así á los hombres, muy pequeño será llamado en el reino

del cielo : mas quien hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Oísteis que fué dicho á los antiguos : No matarás, y quien matare obligado quedará á juicio. Mas yo os digo, que todo aquel que se enoja con su hermano, obligado quedará á juicio ; y quien dijere á su hermano insensato, obligado será á concilio : y todo el que ultrajare á su hermano, quedará obligado al fuego del infierno. Por tanto, si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar, y allí te acordares que tu hermano tiene alguna cosa contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primeramente á reconciliarte con tu hermano ; y despues ven á ofrecer tu ofrenda. Acomódate luego con tu contrario, miéntras que estás con él en el camino : no sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro, y seas echado á la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.

Oísteis que fué dicho á los antiguos : No adulterarás. Pues yo os digo, que todo aquel que pusiere los ojos en una muger para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazon con ella. Y si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale y échale de tí ; porque te conviene perder uno de tus miembros, ántes que todo tu cuerpo vaya al fuego del infierno. Tambien fué dicho : Cualquiera que repudiare á su muger, dele carta de repudio. Mas yo os digo, que el que repu-

diare á su muger, á no ser por causa de fornicacion, la hace adúltera : y el que tomare la repudiada, comete adulterio. Ademas, oísteis que fué dicho á los antiguos : No perjurarás, mas cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo, que de ningun modo jureis, ni por el cielo, porque es el trono de Dios : ni por la tierra, porque es la peana de sus pies : ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey : ni jures por tu cabeza, porque no puedes hacer un cabello blanco ó negro. Mas vuestro hablar sea, sí, sí ; no, no : porque lo que excede de esto, de mal procede. Habeis oido que fué dicho : Ojo por ojo, y diente por diente : mas yo os digo, que no resistais al mal ; ántes si alguno te hiriere en la mejilla derecha, preséntale tambien la otra. Y aquel que quiere ponerte á pleito, y tomarte la túnica, déjale tambien la capa. Y al que te precisare á ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil mas. Da al que te pidiere ; y al que te quiera pedir prestado, no le vuelvas la espalda. Habeis oido que fué dicho : Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo. Mas yo os digo, amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre, que está en los cielos : el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. Porque si amais á los que os aman ¿ qué recompensa tendréis ? ¿ No hacen tambien lo mismo los Publicanos ? Y si saludareis tan solamente á vuestros hermanos, ¿ qué haceis demas ? ¿ No hacen esto mismo

los Gentiles? Sed pues vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.

Mirad que no hagais vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos: porque de otra manera, no tendréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Y así cuando haces limosna, no hagas tocar la trompeta delante de tí, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados de los hombres: en verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando haces limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha: para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre que ve en lo oculto te premiará. Y cuando orareis, no sed como los hipócritas que aman el orar en pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres. En verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando orares, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto: y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando orareis, no habléis mucho como los Gentiles, los que piensan que por mucho hablar serán oídos. No os asemejéis pues á ellos, porque vuestro Padre sabe lo que habeis menester, ántes que se lo pidais. Vosotros pues habeis de orar así: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado seá tu nombre. Venga á nos tu reino: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy: y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. Y no nos dejes caer en tentación: mas líbranos de todo mal. Amen. Porque si perdonais á los

hombres sus pecados, os perdonará también los vuestros el Padre celestial: mas si no perdonareis á los hombres, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará vuestros pecados.

Y cuando ayuneis, no os pongais tristes como los hipócritas: los que desfiguran sus rostros, para hacer ver á los hombres que ayunan. En verdad os digo, que recibieron su galardón. Mas tú, cuando ayunas, unge tu cabeza y lava tu cara, para no parecer á los hombres que ayunas, sino solamente á tu Padre, que está en lo escondido: y tu Padre que ve en lo escondido, te galardonará. No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde el orin y la polilla los consume, y en donde los ladrones los desentierran y roban. Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consume el orin ni la polilla, y en donde los ladrones no los desentierran ni los roban. Porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. La antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso: mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Pues si la lumbre que hay en tí son tinieblas? ¿cuan grandes serán las mismas tinieblas? Ninguno puede servir á dos Señores: porque ó aborrecerá al uno y amará al otro ó al uno sufrirá y al otro despreciará. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por tanto os digo, no andéis afanados para vuestra alma, qué comeréis, ni para vuestro cuerpo, qué vestiréis. ¿No es mas el alma que la comida, y el cuerpo mas que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran,

ni siegan, ni guardan, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mas que ellas? ¿Quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo á su estatura? ¿Porqué andais acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo y no trabajan ni hilan. Yo os digo, que ni Salomon en toda su gloria fué cubierto como uno de estos. Pues si al heno del campo, que hoy es, y mañana es echado en el horno, Dios viste así, ¿cuánto mas á vosotros, hombres de poca fe? No os acongojeis diciendo: ¿Qué comerémos, ó qué beberémos, ó con qué nos cubriémos? porque los Gentiles se afanan por estas cosas: y vuestro Padre sabe que teneis necesidad de todas ellas. Buscad pues primeramente el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas: y así no andeis cuidadosos por el día de mañana.

No juzgueis, para que no seais juzgados: pues con el juicio con que juzgareis seréis juzgados; y con la medida con que midiereis, seréis medidos vosotros. ¿Porqué, pues, ves tú la pajita en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ó como dices á tu hermano: Déjame sacar la pajita de tu ojo, y se está viendo una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entónces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano. No deis lo santo á los perros, ni echeis vuestras perlas á los puercos: no sea que las huellen con sus pies, y revolviéndose contra vosotros os despedacen. Pedid y se os abrirá; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá: porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le

abrirá, ¿Quién de vosotros es el hombre á quien si su hijo pidiere pan, le dará una piedra? ó si le pidiere un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar buenas dádivas á vuestros hijos ¿cuánto mas vuestro Padre que está en los cielos dará bienes á los que se los pidan? Así pues, todo lo que deseais que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien con ellos: porque esta es la ley y los Profetas. Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y muchos son los que entran por él. ¿Qué angosta es la puerta, y qué estrecho el camino que lleva á la vida! y qué pocos son los que atinan con él!

Guardaos de los falsos Profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, y dentro son lobos robadores: por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se cogen uvas de los espinos, ó higos de los abrojos? todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva frutos malos. No puede el árbol bueno llevar malos frutos; ni el árbol malo lleva frutos buenos. Todo árbol que no lleva buen fruto será cortado y metido en el fuego: así pues, por los frutos de ellos los conoceréis. No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel dia: Señor, Señor, ¿no profetizámos en tu nombre, y en tu nombre lanzámos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? mas entónces yo les diré claramente: Nunca os conocí; apartaos de

mí los que obráis iniquidad. Todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, comparado será á un varon sabio, que edificó su casa sobre la peña: y aunque descendió lluvia, viniéron los rios, sopláron vientos, y diéron impetuosamente contra la casa, no cayó, porque estaba cimentada sobre la peña. Mas todo aquel que oye estas mis palabras y no las cumple, semejante será á un hombre loco que edificó su casa sobre arena: y cuando descendió lluvia, viniéron rios, sopláron vientos y diéron impetuosamente sobre la casa, cayó y fué grande su ruina.

Este fué el sermón admirable que Jesucristo predicó en la montaña á las gentes que le habian seguido: todos quedáron admirados al oír la pureza y la santidad de su doctrina, porque les enseñaba como Maestro con autoridad, como Espiritu venido del cielo, y no como los Escribas y Fariseos de aquellos tiempos, que predicaban palabras como paja arrojada al viento. Luego que Jesus concluyó este discurso, viendo que era tarde, no quiso despedir á la multitud de gentes que habian venido á oírle, sin darles ántes de comer, teniendo compasión de que se desfalleciesen en el camino de vuelta á sus casas. Los discípulos no pudieron hallar mas provisiones que cinco panes de cebada y dos peces: mas con la bendición y virtud de su divino Maestro, se multiplicáron aquellos panes milagrosamente, y comiéron todas las cinco mil personas que habian oído á Jesus. El Salvador descendió con sus discípulos del monte, y fuéron á la orilla del mar, adonde no habia mas de un barco. Jesus man-

dó á sus discípulos que entrasen en él, y pasaran á Cafarnaun á la otra parte del mar, quedándose él en tierra. Una gran borrasca sobrevino á media noche que puso al barco en peligro de naufragar; y fué en esta ocasion, cuando Jesus caminó á pie firme sobre las olas, con cuya apariencia se asustáron mucho los discípulos, hasta que les habló; luego entró en el barco y continuó con ellos el viage desembarcando poco despues á la otra parte del Lago.

La gente que habia quedado á la otra parte del Lago, sabiendo al dia siguiente por unos barcos que acababan de llegar de Tiberiades, que Jesus estaba al otro lado del agua se maravilláron mucho sabiendo positivamente que ningun otro barco habia partido á Tiberiades sino aquel en que fuéron los discípulos, y se acordaban que el Maestro se habia quedado en tierra: entónces entráron en aquellos barcos que habian llegado y fuéron á buscar á Jesus. Luego que le halláron, le dijéron: ¿Maestro, cuando llegaste acá? Jesus les respondió: Vosotros me buscais, no por los milagros que vísteis, sino por el pan que comísteis, y del cual os saciásteis. Trabajad, no por la comida que perece, mas por la que permanece para vida eterna, la que os dará el Hijo del Hombre, porque á este señaló Dios Padre. ¿Qué harémos, le preguntáron, para hacer las obras de Dios, y ganar la vida eterna? Jesus les respondió: Esta es la obra de Dios, que creais en aquel que él envió. ¿Qué milagro nos haces, le dijéron, para que veámos y creamos? Nuestros padres comiéron el maná en el desierto como está

escrito : Pan del cielo les dió á comer. En verdad, en verdad, les dijo Jesus : Moises no os dió pan del cielo; mas mi padre os da el pan verdadero del cielo; porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo, y da vida al mundo. Señor, le, dijéron, danos siempre este pan. Yo soy el pan de la vida, respondió Jesus : el que á mí viene, no tendrá hambre; y el que en mí cree, jamas tendrá sed. Mas ya os he dicho, que me habeis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre, á mí vendrá; y aquel que á mí viniere, no le echaré fuera : porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió : que nada pierda de todo aquello que él me dió, sino que lo resucite en el último dia. Y la voluntad de mi Padre que me envió es esta : Que todo aquel que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia. Los Judíos murmuraban de él porque habia dicho : Yo soy el pan vivo que descendí del cielo; y se decian unos á otros : ¿No es este Jesus el hijo de José y de María á quienes conocemos? pues cómo dice que del cielo descendió. El Hijo de Dios, á quien no se ocultaba lo que decian ni lo que pensaban de él, les dijo : No murmureis entre vosotros : nadie puede venir á mí, si no le trajere el Padre que me envió : y yo le resucitaré en el postrero dia. Escrito está en los Profetas : Y serán todos enseñados de Dios. Todo aquel que oyó del Padre y aprendió, viene á mí : no porque alguno ha visto al Padre, sino aquel que vino de Dios, este ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo : Que aquel que cree en mí

tiene vida eterna. Yo soy el pan de la vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo. Los Judíos altercaban entre sí, diciendo : ¿Cómo podrá este darnos á comer su carne? Mas Jesus percibiendo su confusion, añadió : Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia : porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre en mí mora, y yo en él. Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así tambien el que me come, él mismo vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo : no como el maná que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.

De Tiberiades pasó Jesucristo á Nazaret su patria en la Judea. Era natural imaginar que los Nazarenos, entre los que Jesus habia vivido casi todos los treinta años de su edad, le hubiesen honrado como al mas distinguido de sus paisanos, y le hubiesen tenido por la gloria y ornamento de su patria. Su vida era irreprehensible, su virtud admirada de todos, su sabiduría era divina, sus acciones portentosas, la fama de los milagros que obraba á cada momento se habia esten-

dido por toda la tierra de Judea, en todo Israel eran conocidos sus prodigios : todo parece que debía lisonjear á los Nazarenos de que Jesus fuese conocido por este nombre, y todos esperarían que saliesen á recibirle en triunfo : sin embargo, la conducta de estos habitantes fué diametralmente opuesta á lo que debía ser. Jesus se acerca á Nazaret y nadie sale á verle ; entra en la ciudad, y los Nazarenos huyen de su compañía ; Jesus les predica, y ellos se escandalizan ; Jesus los llama y los exhorta, y ellos le injurian y amenazan ; Jesu sale á las calles para reconvenirlos, y el pueblo se irrita contra él y le echan mano ; Jesus se esfuerza á mostrarles la verdad de su evangelio, y los Nazarenos mas furiosos entónces le agarran y llevan á lo alto de una roca resueltos á despeñarle. Jesus se escapó de las manos de aquellos obstinados, compadeciéndose de la perversa incredulidad de los suyos, y entónces los abandonó á su ceguedad y se retiró diciendo : No hay Profeta sin honra, sino en su patria, en su casa, y entre sus parientes. Entónces se dirigió hácia Galilea predicando y exhortando á todos á penitencia, porque se iba acercando el reino de los cielos. Los Judíos aunque no creían, admiraban : no creían, á causa de la dureza de sus corazones, y de la idea errónea que habian formado sobre el carácter del Mesias que se les habia prometido. Ellos esperaban un gran conquistador, un desolador de todas las naciones, ménos la de Judea, un destructor de todos los hombres, excepto los Judíos : tal era la grosera ignorancia que tenían de su Ley y de sus Profetas.

Ellos admiraban, porque veían resplandecer la verdad misma en todas las obras de Jesus : su vida, su mansedumbre, su doctrina, sus milagros, todo concurría en su persona para mostrarles que era un modelo de perfeccion, y superior al género humano. La fama de los prodigios que obraba en Galilea, volaba de pueblo en pueblo, y se referían en la corte del Tetrarca. Unos decían : Este es Elias que ha aparecido al mundo. Otros no dudaban que era un Profeta de los antiguos que habia resucitado : y el injusto Herodes remordido de su conciencia, decía : No, este es aquel Juan Bautista á quien yo degollé ; Dios le ha resucitado de entre los muertos, y por sus manos obra estos prodigios. El crimen acusaba al inicuo Tetrarca, pero su sentimiento era pasajero como el de los demas Judíos carnales.

Eleccion de los Apóstoles.

Jesucristo nuestro Señor tenia ahora un gran número de discípulos, los que penetrados de la santidad de su Maestro, de la verdad de su mision, y aun de la divinidad de su origen, habian renunciado todos los cuidados de esta vida, convencidos de asegurar la eterna siguiendo el nuevo Evangelio de gracia. Yá era conveniente regular un método entre los primeros fieles para la promulgacion de la Ley de gracia : y Jesus comenzó ahora á manifestar su zelo por el establecimiento de su Iglesia, formando varias clases entre sus nuevos ministros, para perpetuarla hasta el fin del mundo. Un dia subió el Salvador al monte pa-

ra hacer oracion á Dios, segun su costumbre, y pasó toda la noche orando á su Padre celestial. Cuando fué de dia convocó á todos sus discípulos; y escogió doce entre ellos, dándoles el nombre de Apóstoles, que significa, Mensageros. Los constituidos en ésta alta dignidad fuéron en el orden siguiente :

- | | |
|--------------------------|--------------------------|
| 1. Simon, llamado Pedro. | 7. Bartolomé. |
| 2. Andres su hermano. | 8. Mateo. |
| 3. Santiago el Zebedeo. | 9. Tomas. |
| 4. Judas su hermano. | 10. Santiago el Alféo. |
| 5. Juan el amado. | 11. Simon el Cananeo. |
| 6. Felipe. | 12. Judas el Iscariotes. |

En virtud de esta eleccion todos los doce viniéron á ser sus mas constantes compañeros, y los amigos mas familiares del Salvador, viviendo siempre con él en una misma casa, y comiendo á una misma mesa. Esta intimidad los hizo participantes en todos los secretos de la vida de su divino Maestro, dándoles oportunidad de conversar mas íntimamente con él, y de ser testigos oculares de todas sus acciones públicas, y de todas sus virtudes privadas. Jesus hablaba mas francamente con ellos, y cuando era necesario, les explicaba por estenso todos aquellos puntos de doctrina y moralidad que predicaba al pueblo en parábolas.

Concluida la eleccion de estos doce Apóstoles, procedió Jesus á conferirles solemnemente la autoridad que habian de ejercer, las instrucciones que habian de

observar y los avisos necesarios para su gobierno y conducta. Os envio, les dijo, á predicar el Evangelio: pero no vayais ahora á predicar á los Gentiles, ni entreis en las ciudades de los Samaritanos. Id primero á las ovejas que perecieron de la casa de Israel; id y predicad, diciendo: Que se acercó el reino de los cielos. Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: graciosamente recibisteis, dad pues graciosamente. No poseais oro ni plata, ni lleveis dinero con vosotros. No tomeis alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni baston; porque digno es el trabajador de su alimento. Y en cualquiera ciudad ó aldea en que entrareis, preguntad quien hay en ella digno, y estaos allí el tiempo necesario. Cuando entreis en la casa, saludadla diciendo: Paz sea en esta casa; y si aquella casa fuere digna, vendrá sobre ella vuestra paz: mas si no fuere digna, vuestra paz se volverá á vosotros. Y todo el que no os recibiere ni oyere vuestras palabras, al salir fuera de la casa ó de la ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo: Que será mas tolerable á los de la tierra de Sodoma y Gomorra en el dia del juicio, que á los de aquella ciudad. Ved que yo os envio como ovejas en medio de lobos. Sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os harán comparecer en sus tribunales, y os azotarán en sus Sinagogas. Seréis llevados ante los Gobernadores y los Reyes por causa de mí, en testimonio á ellos y á los Gentiles: y cuando os entregaren, no penseis cómo ó qué habeis

de hablar : porque en aquella hora os será dado lo que hayais de hablar : pues no sois vosotros los que hablais, sino el espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. El hermano entregará á muerte al hermano, y el padre al hijo : se levantarán los hijos contra los padres, y los harán morir : todos os aborrecerán por mi nombre, mas el que perseverare hasta el fin, ese será salvo. Y cuando os persiguieren en una ciudad, huid á otra : y os digo en verdad, que no acabaréis las ciudades de Israel, ántes que venga el Hijo del hombre. No es el discípulo mas que su maestro, ni el siervo mas que su señor : bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si llamáron Beelzebub al padre de familia ; cuánto mas á sus domésticos? no los temais pues : porque nada hay encubierto, que no se haya de descubrir; ni oculto, que no se haya de saber. Lo que os digo en tinieblas, decidlo á la luz; y lo que ois en secreto, predicadlo sobre los tejados. No temais á los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma : temed ántes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno. Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negare delante de los hombres, le negaré yo tambien delante de mi padre que está en los cielos. El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí : el que halla su alma, la perderá : y el que perdiere su alma por mí, la hallará. El que os recibe á vosotros, á mí tambien me recibe, y el que me recibe á

mí, recibe á aquel que me envió. El que recibe á un Profeta en nombre de Profeta, galardón de Profeta recibirá : el que recibe á un justo en nombre de justo, galardón de justo recibirá : y todo el que diere de beber á uno de esos pequeñitos que veis, aunque solo sea un vaso de agua fria, en nombre de discípulo, os digo en verdad que no perderá su galardón.

Estas fuéron las instrucciones y prevenciones que el Salvador del mundo dió á los Apóstoles que habia elegido para la promulgacion de su Evangelio. El no les oculta los trabajos que habian de padecer en el ejercicio de su ministerio; al contrario, les anuncia claramente las persecuciones, las violencias á sus personas, las calumnias, y hasta el martirio que habian de sufrir : pero al mismo tiempo les enseña como han de triunfar, y les promete el premio de su triunfo. Estas amonestaciones eran especiales para sus Apóstoles como Misioneros del Santo Evangelio : porque aunque en todos tiempos son muy convenientes para los ministros destinados á la propagacion de la Santa Fe, lo eran mucho mas en aquel tiempo, y para aquella nacion tan carnal, tan ignorante y tan obstinada como los Judíos. En estas circunstancias, el Cristianismo habia de encontrar mucha oposicion, de parte de los ricos, porque predicaba abnegacion; de parte de los sensuales, porque encargaba mortificacion; de parte de los Fariseos, porque descubria su hipocresía; y de parte de los Sacerdotes, porque esponia su ignorancia de las Escrituras. Era pues necesario que los Apóstoles fueran desinteresados en su